



Un niño recibe educación escolar en casa en el estado de Guerrero, México, durante la pandemia de la COVID-19.

DESIGUALDAD *en tiempos de la COVID-19*

Todos los indicadores no son iguales a la hora de evaluar el efecto desigual de la pandemia

Francisco H. G. Ferreira

El grave impacto de la pandemia de COVID-19 se ve claramente en las cifras: más de 3,1 millones de muertes, por el momento; 120 millones de personas en la indigencia, y una enorme recesión mundial. A medida que aumentan el sufrimiento y la pobreza, algunos datos muestran un alza en la otra punta: el patrimonio de los multimillonarios.

Dado que tanto la indigencia como la riqueza de los multimillonarios están en aumento, el efecto de la pandemia en la desigualdad podría parecer obvio. La realidad no es tan sencilla.

La dificultad para hacer afirmaciones definitivas sobre un concepto como la desigualdad es bien conocida. ¿Desigualdad de qué? ¿Del ingreso de

los hogares o del PIB per cápita? ¿O incluso de las tasas de mortalidad mismas, entre diferentes grupos? ¿Desigualdad entre quién: habría que estudiarla a nivel de los particulares? ¿De los hogares? ¿De los países? Incluso si se especifica con precisión una distribución —y sabemos qué se distribuye entre quién—, en general llegar a conclusiones firmes sobre la dirección de la desigualdad dependerá de la parte de la distribución que más nos importe. Diferentes indicadores de desigualdad —como el coeficiente de Gini, el índice de Theil y la proporción del ingreso que corresponde a los más ricos de la sociedad— son sensibles a diferentes partes de la distribución y, en principio, pueden clasificar la desigualdad antes y después de la pandemia de

distinta manera. Para evaluar el impacto desigual de la pandemia es muy importante tener claro qué desigualdad se está midiendo.

Comencemos por la distribución mundial de la mortalidad por COVID-19. Usando el concepto de años de vida perdidos por la enfermedad —que se estima usando la edad al fallecer y la esperanza de vida residual a esa edad—, vemos que la carga de mortalidad de la pandemia está *positivamente* correlacionada con el ingreso nacional per cápita, pese a que los sistemas públicos de salud y prevención de los países ricos son superiores (Ferreira *et al.*, 2021). El gráfico muestra el número de años de vida perdidos en la pandemia por cada 100.000 habitantes frente al PIB per cápita de 145 países, usando escalas logarítmicas en ambos ejes (véase el gráfico en la página siguiente).

Aunque hay enorme variación en cada nivel de ingreso —la carga de mortalidad de Brasil (ajustada según la población) es 1.000 veces mayor que la de Tailandia, por ejemplo—, existe una asociación positiva muy clara. Los países ricos sufren más pérdidas de años de vida per cápita que los pobres. El error de medición probablemente sea sustancial —una serie de países pobres, como Burundi y Tanzania, claramente están subdeclarando las defunciones— pero la asociación es tan marcada que tiene pocas probabilidades de ser falsa. Entre otras cosas, refleja la edad más avanzada de la población de los países más ricos y una enfermedad cuya letalidad está sumamente vinculada a la edad. La mayor esperanza de vida, la mayor urbanización y la propagación de la pandemia a lo largo de las grandes rutas comerciales probablemente también hayan influido.

La desigualdad del ingreso

Pasemos a la desigualdad del *ingreso*. ¿Cómo cambió a nivel mundial en la pandemia? La desigualdad mundial del ingreso puede interpretarse como mínimo de tres maneras: la primera es lo que ocurrió con la distribución del PIB per cápita entre los países durante la pandemia de la COVID-19, lo que Branko Milanovic denomina “concepto 1” de desigualdad mundial. En un estudio reciente, el premio Nobel Angus Deaton muestra que, en promedio, los países más ricos también sufrieron contracciones económicas *mayores* que los países más pobres en 2020 (Deaton, 2021). Y aunque eso por sí solo no implica necesariamente una disminución de la desigualdad entre los países, resulta que el patrón de disminución de la desigualdad efectivamente condujo a una *reducción* de la desigualdad (no ponderada) entre los países en 2020, medida ya sea con el coeficiente de Gini, el índice de Theil o el coeficiente de variación. Esto representa una continuación de la tendencia

desde el comienzo del milenio, cuando el concepto 1 de desigualdad mundial comenzó a disminuir, en gran parte como consecuencia del ascenso de China e India. Pero Deaton sostiene que en realidad la pandemia *aceleró* la disminución.

Este cálculo incluye países como unidad de medición y, por ende, asigna la misma ponderación a Luxemburgo y a China. Por otra parte, cabría preguntarse qué ocurrió con la distribución del PIB per cápita entre los países durante la pandemia *si están ponderados según la población*. Eso equivale a medir la desigualdad en una distribución imaginaria de todas las personas del mundo, a las que se les asigna el PIB per cápita de su país; este es el “concepto 2” de desigualdad mundial de Milanovic.

La dificultad para hacer afirmaciones definitivas sobre un concepto como la desigualdad es bien conocida.

Si las diferencias del PIB per cápita se ponderan por la población, la desigualdad entre los países *aumentó* en 2020, lo cual puede atribuirse a la pandemia, según Deaton. Concretamente, puede atribuirse a la fuerte contracción económica de India, que se vio muy afectada tanto en la mortalidad como en el desempeño económico, incluso antes de la gigantesca segunda ola de 2021. Aunque el crecimiento positivo de China (que registró muchas menos muertes) contribuye a compensar el declive de India, China ahora está demasiado cerca del ingreso promedio mundial como para compensar completamente las pérdidas económicas de India. Si se excluye a India del cálculo, la desigualdad como concepto 2 continúa a la baja, como ocurre desde la década de 1990. A través de India, la pandemia *sí* contribuyó a revertir el patrón de disminución de la desigualdad ponderada entre países.

Obviamente, la gente está muy lejos de percibir el mismo ingreso dentro de cualquier país. El concepto 3 de desigualdad mundial se refiere a la desigualdad entre todos los particulares del mundo cuando se les asigna su *propio* ingreso. Este posiblemente sea el concepto más interesante de Milanovic, y es el único que tiene en cuenta la desigualdad *dentro* de cada país. Para muchos “buenos” indicadores de desigualdad, el concepto 3 no es más que la suma de la desigualdad dentro de los países (debidamente ponderada) y el concepto 2 de desigualdad entre países.

Como la desigualdad según el concepto 2 parece haber aumentado en 2020, bastaría con que la desigualdad “promedio” entre países también hubiera crecido para concluir que la desigualdad mundial entre particulares se profundizó durante la pandemia, confirmando la sospecha general. Lamentablemente, aún no lo sabemos: los datos sobre los ingresos personales provienen de encuestas de hogares y de fuentes administrativas que aún no se han publicado para 2020. Pasará un año o más antes de que la mayoría de los países dé a conocer datos sobre la desigualdad de ingresos dentro del país.

Pero por el momento parecería que la desigualdad dentro de muchos países estuvo en alza, en vista del avance de la pobreza y de los crecientes ingresos de los multimillonarios. Hay buenas razones para pensar que la pandemia creó desigualdades y ahondó las disparidades de ingresos ya existentes dentro de los países. En muchos países existen datos de larga data que muestran que la gente que entra al mercado laboral durante una recesión grave gana menos que las cohortes que la siguen y la preceden, y que la

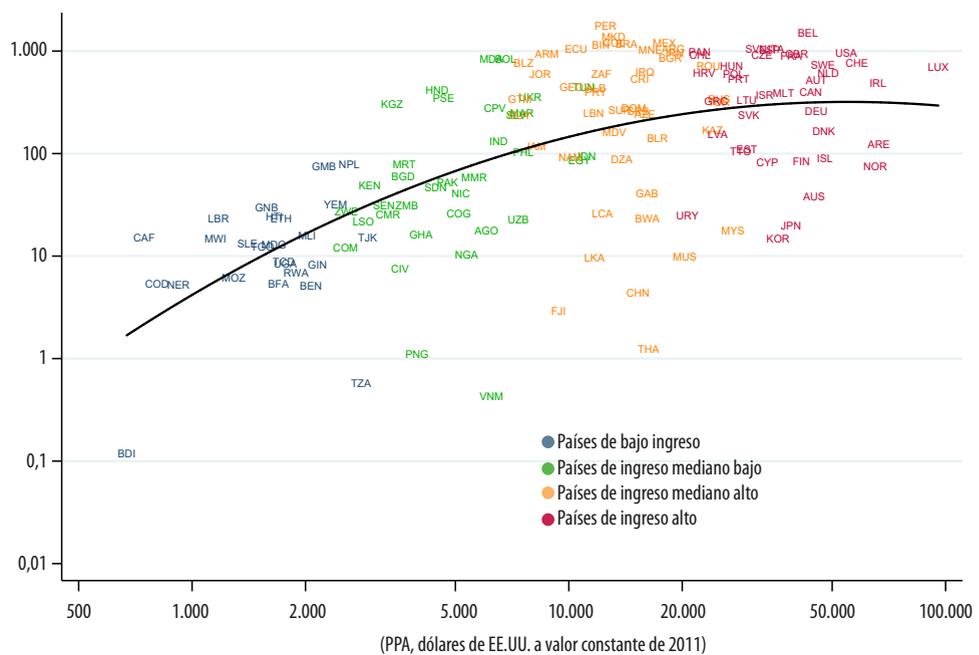
diferencia persiste durante muchos años. Al provocar una recesión mundial enorme, la COVID-19 ciertamente generó nuevas desigualdades entre cohortes de jóvenes.

Condiciones preexistentes

La pandemia también exacerbó desigualdades en el mercado laboral, en gran medida porque la posibilidad de trabajar a distancia está sumamente correlacionada con la educación y, por ende, el ingreso antes de la pandemia. Aunque se habla de “trabajadores esenciales” y se proclama que “todos estamos juntos en esta situación”, la cruda realidad es que las pérdidas de empleo e ingreso probablemente hayan golpeado con especial dureza a los trabajadores menos calificados e instruidos. La información preliminar de fuentes públicas y privadas de datos masivos de Estados Unidos parece confirmarlo, aunque con salvedades interesantes que no podemos abordar aquí. En los países en desarrollo, la informalidad multiplica por mil las mismas fuerzas del mercado laboral: cuando el trabajo menos calificado es predominantemente

Patrimonio y salud

Pese a sus ventajas, los países más ricos sufrieron más pérdidas de años de vida debido a la pandemia que muchos países pobres. (años de vida por cada 100.000 personas)



Fuente: Ferreira et al. (2021).

Nota: Las abreviaturas de los países son los códigos de país de la Organización Internacional de Normalización (ISO). PPA = paridad del poder adquisitivo.

informal, los trabajadores no tienen acceso a programas de suspensión de contratos ni a seguro de desempleo. Este año, cientos de millones de esos trabajadores enfrentaron diariamente la dura disyuntiva de quedarse en casa para no contagiarse o salir a ganar el pan y exponerse.

Dadas las diferencias ocupacionales preexistentes por género y raza, es probable que en muchos países el aumento de estas disparidades en el mercado laboral se haya visto reflejado en una disparidad aun mayor por género y raza. Además, como la carga adicional de tiempo para cuidar a los niños y atender el hogar recae desproporcionadamente en la mujer, es probable que haya aumentado la desigualdad del ingreso femenino.

Los mercados de capital probablemente hayan desempeñado un papel no insignificante como generadores de desigualdad durante la pandemia, sobre todo para los segmentos más acaudalados. Ante el colapso económico generalizado de marzo y abril de 2020, los principales bancos centrales del mundo distendieron más la política monetaria, inyectando gigantescos volúmenes de liquidez en los mercados financieros. Aunque esa liquidez adicional aún no se ha traducido en una inflación de los precios de los bienes, ciertamente ha contribuido a mantener altos los precios de los activos. Es la principal razón por la cual los mercados bursátiles estaban en auge mientras las economías reales estaban deprimidas. Esas intervenciones de política monetaria fueron bien intencionadas y probablemente hayan contribuido a evitar quiebras y a preservar empleos. No obstante, inflaron los valores de activos que se encuentran primordialmente en manos de gente acaudalada y tienen mucho que ver con el aumento generalizado de los ingresos de los multimillonarios. Tener acciones de Amazon o Zoom no fue la única manera de incrementar el patrimonio durante este período.

Transferencias sociales

Aun así, pese a estas múltiples razones por las cuales cabe prever que la pandemia haya acentuado la desigualdad del ingreso dentro de los países, aún no sabemos exactamente en qué medida ocurrió. Por un lado, están surgiendo indicios de algunos ámbitos (aparentemente) improbables en los cuales las políticas de protección social —como las transferencias de ingresos focalizadas en los trabajadores pobres y vulnerables— dieron bastante buen resultado. En Brasil, las investigaciones iniciales del reconocido centro de estudios IPEA hacen pensar que las generosas transferencias de “respaldo de emergencia” ayudaron a *reducir* tanto la pobreza como la desigualdad en el país entre mayo y septiembre de 2020, a pesar

de la desastrosa respuesta nacional a la emergencia sanitaria. Algo similar se ha observado en cinco países europeos: Alemania, España, Francia, Italia y Suecia (Clark, D’Ambrosio y Lepinteur, 2020).

La conclusión es que no conoceremos con certeza los efectos de la pandemia en la desigualdad del ingreso dentro de cada país hasta no tener datos fidedignos de fuentes administrativas y de encuestas de hogares. En el ínterin, los prometedoros indicios preliminares de que las transferencias de ingresos pueden ser una respuesta eficaz, al menos a corto plazo, deberían alentar a otros países a actuar. Pero hay que hacer más: posiblemente la desigualdad más insidiosa creada por la pandemia se observe entre los niños que pudieron continuar los estudios durante el último año —ya sea en persona o por medios virtuales— y los que no pudieron debido a la falta de conectividad o a las deficiencias de las escuelas más pobres. Los estudiantes de estas últimas a menudo corren el gran peligro de quedar muy rezagados en sus estudios o directamente de abandonarlos. Las desigualdades de aprendizaje y escolarización que surgen de estas diferencias son tan descarnadas como generalizadas, y cuando estos niños ingresen a la fuerza laboral, las consecuencias probablemente persistan durante décadas.

El panorama general trazado aquí muestra, por el momento, creciente disparidad de ingreso entre los países (cuando no están ponderados por la población) y —a título especulativo y preliminar— creciente disparidad dentro de los países, en promedio. Dada la dinámica educativa y laboral descrita aquí, estas últimas disparidades bien podrían persistir durante más de una generación. Además, ahora parece plausible que incluso la desigualdad no ponderada entre los países aumente en 2021, si el desigual avance de la vacunación permite a países como Estados Unidos, el Reino Unido y países desarrollados de Asia recuperarse con mucha más rapidez que India, América Latina y gran parte de África. **FD**

FRANCISCO H. G. FERREIRA es titular de la cátedra Amartya Sen de Estudios sobre la Desigualdad y Director del instituto internacional a cargo de dichos estudios de la Escuela de Economía de Londres.

Referencias:

- Clark, Andrew, Conchita D’Ambrosio y Anthony Lepinteur. 2020. “The Fall in Income Inequality during COVID-19 in Five European Countries.” ECINEQ Working Paper 2020–565, Society for the Study of Economic Inequality, Palma de Mallorca, España.
- Deaton, Angus. 2021. “COVID-19 and Global Income Inequality.” NBER Working Paper 28392, National Bureau of Economic Research, Cambridge, MA.
- Ferreira, Francisco, Olivier Sterck, Daniel Mahler y Benoît Decerf. 2021. “Death and Destitution: The Global Distribution of Welfare Losses from the COVID-19 Pandemic.” LSE Public Policy Review 1(4), 2.